



RESERVISTAS

A.U.M.R.F.A.E.- RR. TT.
Organización de Reservistas de las
Fuerzas Armadas de España

Año 6 Número XXI 2025



RESERVISTAS

Revista digital de la Asociación Unidad Militar
de Reservistas de las Fuerzas Armadas de España
- RR. TT. (A.U.M.R.F.A.E.-RR.TT.)

Consejo de Redacción:

Consejo Directivo Nacional (CDN)

Delegación de Andalucía Occidental

Director:

Inspector 1º José Manuel Merello

Dirección electrónica:

revista@reservistas-fuerzasarmadas.es

ÍNDICE

Julián Romero de Ibarrola

Pág. 3

La batalla de Pavía

Pág. 7

Los tercios. Hechos notables VI

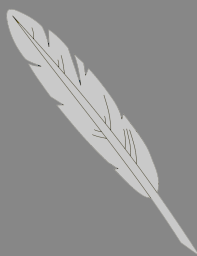
Pág. 14

Noticias y actividades

Pág. 17

NOTA DE LA REDACCIÓN

Esta revista digital presenta en su contenido aportaciones voluntarias de miembros de nuestra Organización de Reservistas, las cuales son de agradecer. Se pueden observar las riquezas aportadas por los mismos, al tiempo que también se deduce la dedicación y la necesaria entrega por parte de los miembros participantes para obtener los resultados que se publican.



Portada: Julián Romero, por Ferrer Dalmau.

Julián Romero de Ibarrola

(1518-1577)

Maestre de campo general



Julián Romero y su santo patrono, por El Greco (h. 1612-1614). Museo del Prado.

Julián Romero era un muchacho de Huélamo (Cuenca), que a los dieciséis años entró de mochilero y mozo de tambor, o sea de paje y ayudante del soldado que tocaba el tambor, el mismo año de 1534 en que se crearon los tercios, y desde esa fecha hasta su muerte estuvo peleando para estar a la altura de sus aspiraciones. Entonces España era el único lugar del mundo donde un chico de pueblo podía llegar hasta la cima con la espada, y él lo hizo. De 1534 a 1543 sirvió en el ejército de Carlos I en Flandes, y cuando lo licenciaron porque llegó la paz, entró al servicio de Enrique VIII, rey de Inglaterra, que en el año de gracia de 1545 todavía era aliado de nuestro

rey. Al servicio de Inglaterra ganó fama y honores, tuvo el mando de un regimiento y venció a los escoceses en la batalla de Pinkie. Julián Romero no estaba en Inglaterra como soldado de ventura, venturero, sino contratado por el rey con un regimiento de españoles, y Enrique

VIII lo hizo sucesivamente maestre de campo, *sir* y *banneret*. El *banneret*, de *banner*, bandera, significaba que era un *knight having vassals under his banner*; un caballero con vasallos bajo su bandera, al que el rey autorizaba a cortar la punta de su gallardete, para distinguirlo. En otras palabras, Enrique VIII hizo caballero a Julián Romero por méritos de guerra y en el propio campo de batalla. Con todo, cuando Enrique VIII separó a Inglaterra de la Iglesia Católica porque esta no le concedía el divorcio para casarse con Ana Bolena, sir Julián, el chico de Huélamo, se marchó de Inglaterra porque no quería servir a herejes.

En la batalla de San Quintín, Felipe II lo hizo maestre de campo de infantería española y más adelante, caballero de Santiago sin entrar en averiguaciones de si tenía o no la nobleza de sangre que se exigía a los caballeros. Según el rey, don Julián se lo había merecido con la sangre que había vertido, y no le hacía falta aducir la que había heredado.

Julián Romero estuvo con sus arcabuceros en Gravelinas, y en 1551 fue el artífice de la victoria de Gemmingen. El duque de Alba envió por delante a Julián Romero y Sancho de Londoño con quinientos arcabuceros y trescientos mosqueteros, que se encontraron con un poderoso ejército francés que los superaba ampliamente. Pidieron ayuda al duque, pero como este no se la dio, los dos maestros se vieron obligados a



vencer sin más ayuda.

Tres años después, Julián Romero fue sorprendido en su buena fe en la defensa de Dinant, una ciudad que a lo largo de la Historia se había defendido con éxito de diecisiete sitios y que estaba sitiada por el ejército del condestable de Francia. La ciudadela estaba defendida por españoles. Romero salió a parlamentar con el condestable, que lo entretuvo mientras convencía a los ciudadanos para que le abrieran las puertas. Una vez dentro de la ciudad, los franceses presentaron a los españoles que defendían el castillo unos documentos amañados, con la capitulación de la ciudad y el castillo. Los extranjeros calificaron a Romero de “alma de cántaro” por haber caído en esta trampa. Mientras fue prisionero estuvo bien tratado, y tuvo ocasión de batirse en duelo en Fontainebleau con un caballero español que estaba al servicio del rey de Francia, al que acusó de traidor.

En 1565 estaba en Sicilia y mandaba una compañía del Tercio de Sicilia destacada en Siracusa cuando le dieron el mando del tercio que salió para Flandes con el duque de Alba; el duque tenía a Romero en tanta alta estima que creó para él el cargo de Sargento Mayor General del ejército, hasta entonces inexistente, y que equivalía a nombrarlo su Jefe de Estado Mayor. Cuando el otoño de 1570 Felipe II pensó en desembarcar en Irlanda, el embajador del rey en Inglaterra se quejó en Madrid de los manejos de Julián Romero, uno de los aspectos más intrigantes de una biografía que encierra muchos misterios, porque es seguro que Julián Romero fue agente secreto de Felipe II, que lo envió en misión repetidas veces.

Entretanto, en el cerco de Mons recibió un arcabuzazo en el brazo. Poco después, la noche del 11 de septiembre de 1572, participó en la encamisada -incursión nocturna- que los españoles dieron al príncipe Guillermo de Orange y más adelante perdió un ojo en el sitio de Haarlem. En agosto de 1573 los españoles de Utrecht se amotinaron y Julián Romero, que había sido soldado muchos años, informó escuetamente acerca de la razones del motín: “Las banderas viejas {es decir, las compañías de veteranos} de españoles se comenzaron a

desvergonzar el día 29 a las dos de la mañana, pidiendo les dieran de comer”.

Poco después murió don Luis de Requesens, gobernador de los Países Bajos y la insurrección se generalizó, pero Julián Romero se hizo fuerte, pido controlar la situación y socorrer a Sancho Dávila, que estaba sitiado en la ciudadela de Amberes. Después, los soldados de Julián Romero participaron en el terrible saqueo de la ciudad. Para prevenir los motines de aquel año volvió a aconsejar al rey que diera a los soldados algo de su paga y acabarían la guerra enseguida. En 1576 don Juan de Austria propuso a Felipe II la invasión de Inglaterra, proyecto en el que sin duda estuvo implicado Julián Romero, buen conocedor de la lengua, el país y sus habitantes.

Se acercaba a los sesenta y estaba cansado de guerras, quería ver a su familia, que no veía en nueve años, y aspiraba a que el rey le diera una castellana, es decir, a que lo nombrara gobernador de una fortaleza, cargo bastante más tranquilo que el de maestre de campo a la cabeza de un tercio. El rey lo nombró castellano de Hedín, en Flan-

des, pero Julián Romero lo que quería era volver a su casa.

El Edicto Perpetuo hizo que los tercios abandonaran Flandes en febrero de 1577 y fueran a Italia; pero la paz no cuajó y nueve meses después ya los estaba reclamando don Juan de Austria. El ejército reunido en Lombardía se puso en marcha; a su cabeza el maestre de campo general Julián Romero montado a caballo. Cerca de la ciudad de Cremona cayó fulminado de repente. Tenía cincuenta y nueve años y le faltaban un brazo, un ojo y una pierna. Al embalsamarlo hallaron que tenía el corazón sumamente grande y con pelo.



La batalla de Pavía

Hace cinco siglos
24 de febrero de 1525

En enero de 1524, el rey Francisco I de Francia, que contaba con el apoyo de nuevo papa Clemente VII, reconquistó Milán. Las tropas imperiales recibieron refuerzos y, bajo el liderazgo del virrey de Nápoles, el borgoñón Carlos Lannoy, y el marqués de Pescara al mando de las tropas, se reorganizaron las fuerzas. Se sucedieron varios combates y los franceses fueron expulsados de la Lombardía, a principios del verano.

Animados por el éxito obtenido, continuó el avance de las fuerzas del rey y el emperador Carlos invadió Francia por la Provenza. Ante semejante amenaza, el rey Francisco I reaccionó encolerizado y se puso en cabeza de un ejército de más de cuarenta mil hombres.

Pescara, junto al condestable de Borbón, noble francés que por ofensas de su rey había cambiado de bando, se retiró hacia Génova y después a Milán; la situación no le era favorable ante el empuje francés. Era finales de septiembre.

El rey francés avanzó rápido atravesando los Alpes y se dirigió hacia Milán.

Pescara decidió con prontitud: abandonó Milán, presa de una epidemia de peste, dejando una pequeña guarnición. Con la mayoría de sus fuerzas se retiró hacia el este, buscando refugio en Lodi y Cremona, a orillas del río Adda. Deseaba ganar tiempo y no enfrentarse al francés hasta recibir los refuerzos y que el virrey le aseguraba estarían pronto en camino desde Italia y Alemania.



Virrey Carlos Lannoy



Fernando de Ávalos, marqués de Pescara

Simultáneamente a este movimiento, decidió basar la defensa en Pavía, a solo una jornada de Milán, y cerrando el camino de los Alpes. Se trataba de una ciudad amurallada, bien apoyada en el río Tesino. A cargo de su defensa puso un gran jefe, el navarro Antonio de Leyva, que había combatido con el Gran Capitán y contaba con un abrumador historial de 32 batallas y 47 asedios. Junto a él, 6.000 lansquenets alemanes, 400 españoles, 500 italianos, 250 lanzas y 16 cañones.

El rey Francisco I, convencido de su gran superioridad, envió una pequeña fuerza para hacerse con Milán, otra a conquistar

Génova y casi la tercera parte de su gran ejército la reservó para ocupar Nápoles y dominar toda la península itálica. Del ejército español en retirada, del marqués de Pescara, supuso que, ante la falta de pagas, estaría entre amotinado y deshecho; no le dio ninguna importancia, hipótesis cercana a la realidad. Con su lucido ejército, repleto de nobles franceses, llegó a Pavía el 25 de octubre decidido a asaltar la ciudad.

El escenario era peculiar. La ciudad amurallada tenía forma de cuadrilátero, con bastiones en forma de torres en sus esquinas. Del castillete de la puerta principal de la villa salía la ruta hacia Milán. A la derecha de este camino un recinto de piedra, de 21 kilómetros de perímetro, denominado el Barco, tenía en su interior varias edificaciones, destacando la denominada Mirabello. Más al norte, por el camino a Milán, el canal de Bivasco atravesaba transversalmente la ruta; de él salían dos cauces a modo de arroyos que, tras atravesar el recinto del Barco morían en el Tesino.

Desde el primer momento la actitud de Leyva fue muy ofensiva. Antes de finalizar octubre ya había hecho tres salidas nocturnas, encamisadas con bastante acierto, produciendo considerables bajas.

Durante el mes de noviembre se sucedieron tres grandes ataques a la ciudad. Se produjeron muchas pérdidas en el bando atacante sin conseguir resultados. El rey, consciente de la imposibilidad de continuar, ordenó para los infructuosos y costosos asaltos.

Se presentaron nuevas opciones para tomar la plaza. La principal trataba de desviar el río Tesino, defensa natural inexpugnable, mediante un canal que, aguas arriba, desviara sus aguas al río Gravalón. Simultáneamente, se construirían dos “caballeros” (fortificación) para la artillería. Unido a esto se demandaría más pólvora y municiones, asunto que supondría un plazo suficiente para llevar a cabo las obras anteriores. Además, el perímetro exterior de las trincheras se reforzaría con cestones y tinajas.

El rey, además, ante la posible llegada de refuerzos al ejército de Pescara, ordenó al duque de Albania que marchara a tomar el reino de Nápoles, como se tenía previsto.

Se sucedieron muchos días con el frente estabilizado derivando en una guerra de trincheras, con mimas y contraminas. Los franceses causaron la destrucción de uno de los torreones. El bando imperial respondía con exitosas encamisadas nocturnas.

En Pavía el principal problema de Leyva fue conservar una férrea disciplina. Se producían muchas desertiones de los alemanes. Se tuvo que fundir la plata de las iglesias para pagarles y asegurarse de que no les faltara vino y comida. El riesgo de sedición estaba siempre presente.

A mediados de enero la situación empezó a evolucionar.

La pólvora francesa llegó, por fin, tras burlar a los españoles que intentaron interceptarles. Días después, el trasvase del Tesino al Gravalón estuvo prácticamente finalizado y permitía cruzarlo a pie.

A la parte española habían ido llegan-



Marqués del Vasto

do nuevas fuerzas al marqués de Pescara. Se habían incorporado 6.000 lansquenets desde Alemania, 2.000 italianos y 1.000 españoles.

Para levantar los ánimos realizaron una importante encamisa-da, con Pescara y su sobrino, el marqués del Vasto, al frente de las tropas, a la fortaleza de Melzo, a cinco leguas de Lodi.

Con la moral alta y suficientes efectivos, el ejército imperial puso rumbo a Pavía el 23 de enero. Tras aprovisionarse con lo que encontraban a su paso, el 3 de febrero divisaron Pavía y fueron saludados por lo sitiados con cinco salvas de cañón.

Se ubicaron en la parte oriental del despliegue francés. Fueron recibidos por la potente artillería y otras unidades que realizaron arriesgadas salidas a su encuentro. Apareció como prioritario proteger las tropas, municiones y vituallas, así como suministrar lo indispensable a los sitiados en la plaza. Asunto que se consiguió seis días después mediante una audaz añagaza al disfrazarse una fuerza como francesa.

Los siguientes días los españoles se mantuvieron muy activos consiguiendo mejorar las protecciones y realizando diarias salidas nocturnas con éxitos considerables, tanto desde las trincheras como desde Pavía.

El rey francés solo contestó con artillería: no tenía prisa. Sabía que su mejor arma era el tiempo, el cual jugaba a su favor: esperaba refuerzos importantes a finales de febrero, provenientes de Suiza y Francia. Conocía las deserciones en el bando contrario. Y el duque de Albania amenazaba la ocupación inminente del virreinato de Nápoles. Las hipótesis, por tanto, que barajaba eran que el ejército imperial se deshiciera por falta de pagas, o se retirara en socorro de Nápoles. En el peor de los casos, si presentaba batalla su superioridad le daría la victoria.

El virrey Lennoy reunió el consejo de capitanes para decidir qué hacer tras saber de la llegada de dineros para pagar a las tropas. Pescara les convenció de presentar batalla, exponiendo un plan audaz que les podría dar la victoria. Su primera orden fue que las tropas se avituallaran para tres días: el ataque sería inminente.

En la noche del 23 al 24 de alertó a las tropas para que se encamisasen con ropa blanca. A las 21 horas se dio la orden de quemar chozas y tiendas como si abandonaran el campo hacia retaguardia. Se quedaron en las trincheras tres compañías para que simularan una protección del repliegue. El bagaje fue enviado hacia el río Adda. Por último, un capitán se infiltraría hasta Pavía para transmitirles que salieran a combatir tras la señal de dos disparos de artillería.

El ejército hizo un movimiento hacia retaguardia, para pronto virar buscando el cercado del Barco. Con arietes y picos, la vanguardia debería abrir tres amplios pasos. Se había previsto hacerlo en una hora, pero el muro apareció muy consistente y no lo consiguieron hasta una hora antes del alba.

Bajo el mando del marqués del Vasto entraron la infantería española y la alemana con una vanguardia de caballos. Se dirigieron a las casas de Mirabello. Los dos escuadrones los formaban 6.000 españoles y 12.000 alemanes. En el flanco izquierdo, junto a los alemanes, marcharía la caballería pesada, con el virrey Lannoy, conducida por el condestable de Borbón, con 700 lanzas y 200 arcabuceros. En el otro flanco, junto a los españoles, lo haría la caballería ligera con un



solo escuadrón. A retaguardia, los 2.000 italianos y algunos jinetes españoles protegerían la artillería.

Alertado el rey francés, ordenó que franceses e italianos permanecieran sitiando Pavía, ante el riesgo de una salida de Leyva. Envío por delante los escuadrones de lansquenets alemanes y esguízaros suizos. Él marcharía al frente de su caballería pesada con el apoyo de su potente artillería.

El primer encuentro se produjo, contra lo habitual, a retaguardia. Un escuadrón de lanzas francesas junto a otro de suizos apareció por sorpresa atacándoles y vencéndoles.

Alcanzadas las casas de Mirabello, se hicieron con las sorprendidas tropas allí alojadas, descubriendo, desde la otra orilla del arroyo de Vernacia, cómo, desde el sur, los escuadrones suizos y alemanes iban a su encuentro y, detrás, la temida artillería francesa.

En su orilla toda la caballería pesada francesa, avanzando pareja a su infantería; se disponía a atacar a la propia. Lannoy buscó el encuentro, correspondido por el mismo rey francés con un ataque frontal y otro por el flanco derecho español. El campo tenía varias zonas boscosas que permitieron a los arcabuceros propios refugiarse y disparar, a placer, a los jinetes que no iban encamisados. La maniobra de flanco de los franceses impidió a su artillería hacer fuego en su apoyo, lo que resultó fatal para ellos. El cuerpo a cuerpo entre unos y otros, siempre con ventaja de los españoles por los arcabuceros que apoyaban a los jinetes sin presentar un frente que pudiera ser atacado, fue determinante.

En estos momentos claves, Leyva recibió la orden de salir de Pavía atacando con bravura a franceses e italianos que les cercaban en las trincheras para derrotarles en breve tiempo.

Mientras tanto, en las casas de Mirabello, la infantería, protegida en su bajío, aguantaba el fuego artillero. Pescara se puso a su frente. Pasaron, no sin dificultad, el cauce del arroyo y orientados hacia el sur, por donde progresaba a su encuentro la infantería enemiga, se dispusieron ambos escuadrones para el choque. Delante de ambos núcleos, arcabuceros españoles dispararían a las primeras filas.

El combate entre alemanes fue brutal. Los lansquenets de las temidas Bandas Negras venían con coseletes y escopeteros delante, pero poco pudieron hacer frente al fuego graneado de los arcabuceros. Además, como su frente era más estrecho que el escuadrón de los imperiales, fueron desbordados por sus flancos y atacados, sin piedad, por todos los costados.

Pescara retiró enseguida los alabarderos de este escuadrón para disparar por el intervalo al de los esguízaros suizos que ya estaban recibiendo fuego de los alabarderos del escuadrón español. Sorprendidos, no aguantaron el castigo y se retiraron en desbandada buscando el río. Pronto les siguieron los pocos alemanes que pudieron escapar.

El marqués del Vasto continuó tras ellos dando muerte y cogiendo prisioneros a los que no se ahogaron en el Tesino. El enfrentamiento se resolvió en menos de una hora con el triunfo aplastante del bando español. El fuego de los arcabuceros había decisivo.

Un disparo de arcabuz alcanzó el caballo del rey francés, con la mala fortuna de quedar inmovilizado por una pierna bajo su corcel.



Tres jinetes españoles se repartieron la gloria de hacerle prisionero: el guipuzcoano Juan de Urbina, el granadino Diego de Ávila y el gallego Alonso Pita da Veiga.

Estuvo preso en el Torreón de los Lujanes, y posteriormente en el Alcázar. Tras firmar el acuerdo de Madrid por el que renunciaba a Navarra, Flandes, el Milanésado, Génova y Borgoña fue puesto en libertad en marzo de 1526.

Todo quedó en nada, una vez liberado.

Tres invasiones de Francia: los tercios en París (1590-1592)

A la muerte de Enrique III de Francia, Felipe II decidió dar apoyo militar y económico a la Liga Católica, dirigida por los Guisa, con la esperanza de que pudiera ser reina de Francia Isabel Clara Eugenia, hija de su matrimonio con Isabel de Valois, hermana del fallecido rey francés. Las tropas españolas acantonadas en Flandes entraron en Francia a primeros de agosto de 1590, contra el parecer de Alejandro Farnesio, que no quería interrumpir su campaña contra las provincias flamencas rebeldes en un momento crucial, cuando solo dos de las diecisiete provincias de los Países Bajos (Holanda y Zelanda) estaban dominadas por los protestantes sublevados. La misión asignaba a Alejandro Farnesio, duque de Parma, era socorrer París, sitiada por Enrique de Borbón, para lo cual envió dos tercios de infantería -uno de ellos español- en refuerzo de Enrique de Lorena, duque de Mayenne, que dirigía la guerra en Francia contra el bando hugonote.



Infanta Isabel Clara Eugenia de Austria

Pero los negativos resultados de esa campaña obligaron a Farnesio a hacerse cargo personalmente del manejo de la operación. Farnesio entró a Francia con un ejército de catorce mil infantes españoles, italianos, alemanes y valones, y tres mil jinetes, dejando muy debilitadas a las fuerzas de Flandes, algo que Mauricio de Nassau y los calvinistas supieron aprovechar. El duque de Parma, que no se fiaba de sus aliados franceses de la Liga, avanzó con muchas precauciones, y después de reunirse con el ejército de Mayenne (unos doce mil hom-

bres) se encaminó hacia París, que estaba a punto de caer. Tras consultar con sus generales, Enrique de Borbón decidió levantar el cerco y dirigir su ejército (unos veintiséis mil infantes y seis mil jinetes) contra Farnesio. El Borbón eligió una amplia llanura cerca de Celes para colocar sus tropas, y envió un mensajero a Farnesio invitándolo a la batalla, pero este respondió que tenía por costumbre dar las batallas cuando lo decidía él y no el enemigo. Farnesio entonces maniobró con mucha habilidad para tomar la ciudad de Lagny, cuyos defensores fueron pasados a cuchillo, y avanzó hacia París sin que el jefe hugonote (futuro rey Enrique IV) pudiera impedirlo.

Los tercios entraron en la capital francesa, a la que avituallaron y donde dejaron una pequeña guarnición, al tiempo que repelían varios ataques del Borbón, que terminó retirándose. Farnesio, viendo a sus tropas desatendidas, y sintiendo que la Liga le escatimaba su apoyo, una vez aseguradas las cercanías de París, decidió regresar a Flandes, lo que no sentó muy bien a los aliados de la Liga Católica, que le pedían permanecer en Francia con los tercios hasta la derrota definitiva de Enrique de Borbón. Pero el duque de Parma no hizo caso y retornó a Bruselas, realizando una retirada tácticamente admirable que salvó al ejército, aunque dejó en Francia cinco mil hombres en apoyo a la Liga.

Como Farnesio se temía, el socorro de los tercios hispanos a los católicos franceses, y el traslado de muchas de sus tropas a las plazas de la frontera con Francia para amenazar con ellas a los hugonotes, había provocado la pérdida de ciudades flamencas que habían sido ganadas con mucho esfuerzo. Aún así, el duque de Parma recibió órdenes del rey de marchar otra vez a Francia en apoyo de la Liga Católica. A principios de enero de 1592, el ejército de Farnesio cruzó Normandía para acudir en socorro de la ciudad de Rouen, cercada por Enrique de Borbón, que había reforzado su ejército con nutridos contingentes enviados desde Inglaterra. El jefe hugonote, al acercarse las tropas católicas, determinó salir a su encuentro con una formación de caballería, pero vio frenado su ataque por la caballería de Parma que mandaba el albanés Jorge Basta. En la batalla resultó heri-



do el jefe hugonote y cayeron muchos de los nobles que iban con él al intentar protegerlo. Enrique de Borbón tuvo que levantar el cerco y retirarse, pero la falta de coordinación entre los sitiados en Rouen y el ejército católico desbarató la oportunidad de una victoria histórica.

Cuando llevaba a cabo un reconocimiento de las murallas de Caudebec, una ciudad situada cerca de Rouen, Farnesio recibió un arcabuzazo en el antebrazo. Sabedor Enrique de Borbón de que su rival estaba herido, atacó al ejército de la Liga y cortó su línea de aprovisionamiento. El duque de Parma, en vista de las malas noticias que le llegaban de Flandes, encomendó a las tropas de la Liga la defensa de Rouen y regresó enfermo a Flandes, donde pidió a Felipe II que le relevara del cargo. El monarca no solo se negó sino que le pidió que volviera a Francia para llevar más socorro a la Liga y acelerar la designación de nuevo soberano. Cuando preparaba la nueva campaña, Alejandro Farnesio, uno de los mejores jefes de la historia de los tercios, murió de hidropesía en 1592 en Arras. Su cadáver, amortajado con el hábito de capuchino, fue embalsamado y conducido a Parma, quedando enterrado en la cripta de la iglesia de la Madonna della Steccata.

NOTICIAS

Fuerzas Armadas

Toma de posesión
Presidenta del Tribunal Militar
Central, General Consejero To-
gado Maria Begoña Aramendía
Rodríguez de Austria

Ha ascendido al máxi-
mo empleo del Cuerpo Jurídico
Militar, y es la primera mujer
que se pone al frente de este
órgano con jurisdicción en todo
el territorio nacional, tras ser
elegida por unanimidad por el
Consejo General del Poder Ju-
dicial.

Licenciada en Dere-
cho, ha ocupado distintos des-
tinos en los dos ámbitos del
Cuerepo Jurídico Militar: en el
de asesoramiento y en el de la
jurisdicción militar como fiscal
togada. Durante doce años fue
fiscal militar en la Fiscalía Toga-
da de la Sala Quinta del Tri-
bunal Supremo.



La ministra Robles pone en valor el papel que realiza España en la lucha contra la piratería y la seguridad marítima

Está previsto que a mediados del próximo mes de junio finalice el despliegue de la fragata "Reina Sofía" en el marco de la operación "Atlanta" en el Cuerno de África, y del buque de acción marítima (BAM) "Relámpago" en la costa oeste africana, dentro del despliegue de seguridad y disuasión de la Unión Europea, junto a naciones aliadas.



NOTICIAS

AUMRFAE-RR.TT.

Zona Sur. Sevilla

Actos de Semana Santa en los que ha participado el Delegado General de la Zona Sur de nuestra Organización.



Foto 1

Acto ante la Virgen del Carmen junto al Comandante Naval de Sevilla, capitán de navío Ilmo. Sr. D. José Daniel González-Aller Lacalle.

Foto 2

Acto ante la Virgen del Buen Aire, primera Patrona de la Marina, con compañeros de la Cámara de Mareantes.





Foto 3

Foto 3
Acompañamiento procesional en Sevilla a la Hermandad de la Esperanza de Triana el Viernes Santo.



Foto 3



NOTICIAS

AUMRFAE-RR.TT.



CURSO PARA INSPECTORES / JEFES

De conformidad con el Plan de Estudios establecido por parte de nuestra Academia de Formación para este año 2025, se informa sobre la convocatoria para la realización de la 17ª edición del Curso para Inspectores / Jefes, que tendrá lugar entre los días 24 de marzo y 23 de junio del año en curso.

Podrán participar todos/as los/as asociados/as que lo deseen que tengan otorgado el Grado de Oficial 1º (equivalente al empleo de capitán en la U.H.M., Unidad Histórica Militar).

Excepcionalmente se podrá autorizar la participación en el Curso a quienes tengan otorgado un empleo inferior al indicado, acrediten condiciones de formación universitaria o profesional y que, a criterio del Director de la Academia de Formación, pueda autorizarlo.

Contacto:

academia@reservistas-fuerzasarmadas.es

o bien

info@reservistas-fuerzasarmadas.es

